Marita Lorenz

# Yo fui la espía que amó al Comandante

Una vida de película: de los campos nazis a Fidel Castro, la CIA y el asesino de Kennedy

PENÍNSULA REALIDAD

# Yo fui la espía que amó al Comandante

Marita Lorenz

Una vida de película:
de los campos nazis a Fidel Castro,
la CIA y el asesino de Kennedy

Con la colaboración de
Idoya Noain

*ediciones península*

© Ilona Marita Lorenz, 2015

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones
establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español
de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;
91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: junio de 2015

Las imágenes de los pliegos, excepto aquellos en los que figura el crédito correspondiente, pertenecen al archivo personal de la autora.

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir imágenes protegidas en este libro. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights*. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

© de esta edición: Grup Editorial 62, S. L. U., 2015
Ediciones Península,
Pedro i Pons, 9-11, 11.ª pta.
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

ROMANYÀ-VALLS - impresión

DEPÓSITO LEGAL: B.10.766-2015
ISBN: 978-84-9942-421-47

# ÍNDICE

De la historia oficial a la verdad 9

1. No hables, no pienses, no respires 13
2. La Alemanita de Fidel 49
3. Una misión imposible: matar a Castro 83
4. Pérez Jiménez, mi segundo dictador 113
5. Dallas, noviembre de 1963 145
6. Segura en la selva 155
7. *Mafia girl* y espía en Nueva York 177
8. El regreso de Fiorini, mi propio Watergate 197
9. Hijos de Cuba 221
10. Una historia de película 241

Epílogo: Debería ser feliz 265

1

# NO HABLES, NO PIENSES, NO RESPIRES

Siempre estuve destinada a estar sola. Y no sé por qué.

Debía haber venido al mundo con mi hermana gemela, a la que iban a llamar Ilona, pero cuando mi madre llegó al hospital Saint Joseph, en la ciudad alemana de Bremen, se abalanzó sobre ella el pastor alemán de un oficial de las SS que la increpaba por haber seguido acudiendo hasta el final de su embarazo a un ginecólogo judío. En aquel ataque mi hermana murió y yo sobreviví, y aunque iba a ser llamada Marita quisieron honrar a esa pequeña muerta y me pusieron como nombre Ilona Marita Lorenz.

Era el 18 de agosto de 1939 y quedaban solo unos días para que Alemania comenzara la invasión de Polonia y prendiera la mecha que haría estallar la Segunda Guerra Mundial. A mamá prácticamente la echaron del hospital para hacer sitio a posibles heridos y ella no podía contar con mi padre, que en esos momentos no estaba en Alemania: como prácticamente toda su vida, antes y después, él estaba en el mar.

Mamá se llamaba Alice June Lofland, una mujer cuya vida, aún a día de hoy, está rodeada de misterio e interro-

gantes, de secretos que ya nunca podrán ser revelados, una auténtica artista de la interpretación cuyo verdadero yo dudo que nadie llegara nunca a conocer. Tenía dos certificados de nacimiento. Según uno de ellos nació el 15 de octubre de 1902. En el otro, en cambio, figura como fecha de nacimiento el mismo día pero del año 1905. Obviamente uno de los dos documentos es una falsificación, pero ni yo ni nadie en mi familia hemos llegado a descubrir cuál. Cuando le preguntaba a mi madre por sus orígenes, siempre me daba la misma respuesta, palabras de una mujer que siempre se mostró en extremo reservada: «No importa, no importa».

Lo único seguro es que mamá nació en Wilmington, en el estado de Delaware, en el este de Estados Unidos, y allí se crió. En su familia cultivaban la tierra, pero ella siempre se sintió diferente, incluso cuando era solo una niña, y cuando llegó a la adolescencia sus padres la mandaron a Nueva York, a una escuela privada en Park Avenue, «la mejor», según decía. Empezó a bailar y entró en el mundo del espectáculo, llegando a actuar en obras de Broadway bajo el nombre artístico de June Paget. Quizá fue entonces cuando empezó a descubrir su habilidad y talento para formar parte de un mundo de máscaras y personajes que nunca después pudo, quiso o supo abandonar.

En esa primera época de su vida tuvo algún amorío que no funcionó, aunque por escritos y papeles que hemos ido encontrando en la familia a lo largo de los años quizá sea más apropiado pensar en varios romances. Uno de los hombres que sabemos que se enamoró perdidamente de aquella hermosa y decidida joven rubia y de ojos azules fue William Pyle Philips, un importante fi-

nanciero; pero Alice quería tener hijos, y aquel hombre era no solo bastante mayor sino también su primo, así que aquella aventura no tenía a ojos de mi madre opción alguna de prosperar. Además, ella quería llevar una vida independiente y trabajar en el cine, y nada importó que Philips le implorase que no lo dejara y le ofreciera organizar todo lo necesario para que pudiese protagonizar su propia película e incluso abrirle un cine solo para ella. Mamá, que hablaba un francés fluido, decidió irse a París, donde habían empezado a rodarse películas con sonido. Tenía dieciocho o diecinueve años, y creo que, más allá de sus aspiraciones profesionales, quería escapar también de otros hombres que la perseguían; y no eran pocos, porque mamá despertaba auténticas pasiones.

En esa combinación de huida y búsqueda zarpó en 1932 desde Nueva York en el *Bremen*, un barco de pasajeros de la Norddeustcher Lloyd, la línea naviera del norte de Alemania, y durante la travesía conoció al capitán suplente, Heinrich Lorenz, el hombre que acabaría siendo *papa*. Nunca le llamé papá, padre o papi; para mí siempre fue *papa*. Era un hombre fuerte, con cabello y ojos oscuros, posiblemente de ascendencia italiana, y tanto las mujeres como los hombres se volvían locos por él.

Nació el 8 de abril de 1898 en Bad Münster am Stein-Ebernburg, una localidad del sur de Alemania famosa por sus manantiales. Procedía de una familia de terratenientes, pero de la misma manera que mamá encontró su pasión lejos de la tierra, en un mundo de escenarios y bambalinas, para él el futuro ansiado tampoco pasaba por los viñedos familiares. El mar era su vida, su sueño, un espacio de libertad… Y lo conquistó. Con doce años ya estaba navegando, cuando acabó el instituto se alistó en varios

buques mercantes y en 1918 fue admitido por la Marina alemana. Después de la Primera Guerra Mundial, y tras pasar un par de años en una goleta que cubría una ruta por Sudamérica, empezó a trabajar para la Lloyd.

Mamá nunca llegó a París porque en aquella travesía se enamoraron. Ella se quedó en la localidad portuaria de Bremerhaven, donde *papa* tenía entonces su casa, y el 31 de agosto de 1921 se casaron.

Alice detestaba vivir en una ciudad pesquera, así que convenció a *papa* para mudarse a Bremen, unos sesenta kilómetros al sur, donde su vida transcurrió cómodamente en los primeros años de matrimonio. El trabajo de mi padre estaba tan bien pagado como para que ella pudiera lucir pieles y diamantes, y vivían en una casa preciosa, con puertas francesas acristaladas siempre impolutas, jardín y un abedul, dos plantas, un bajo y un garaje. El café de la mañana, el desayuno, la comida y la cena se servían en el comedor, «nunca en la cocina como sirvientes», según decía, y se usaba siempre la vajilla de porcelana y la cubertería de plata, con un centro de flores o de frutas sobre la mesa y los platos calientes en un carrito. Después de cada comida la mesa se cubría con un mantel de encaje.

Mamá tenía ayuda doméstica, pero a veces se arrodillaba ella misma para encerar el suelo a mano y contribuía a las tareas domésticas para que todo estuviera siempre perfecto.

Alice hablaba con orgullo de sus raíces en la nobleza inglesa de la isla de Wight; había buceado en sus ancestros por la rama materna de su familia hasta llegar al siglo x y a la casa de los Osborne, y presumía de que en la familia «no había clase trabajadora ni comerciantes» y todo el mundo era «culto, educado e intelectual». Ella misma,

aunque nunca llegó a hablar perfectamente alemán, se dedicó a leer la obra de grandes autores de la literatura germana y de filósofos como Arthur Schopenhauer o Immanuel Kant, y también estudiaba piano y seguía educándose como autodidacta.

*Papa*, que a lo largo de los años había desarrollado por su trabajo muy buenas relaciones, acudía a veces a casa acompañado por figuras importantes de la época, y en aquellas jornadas y veladas la puerta se llenaba de descapotables negros y él se vestía con uniforme de gala, medallas, espada… El tiempo que *papa* pasaba en casa, no obstante, no era mucho. Estaba casi siempre de viaje y cada vez que volvía de la mar había un hijo que conocer. En el primer embarazo mamá esperaba trillizos, pero el 27 de mayo de 1934 tuvo un parto prematuro en el que dos niñas no sobrevivieron y solo lo hizo un varón. Era el primogénito, y *papa* quería que se llamara Fritz, en honor a su hermano. Pero durante su travesía en barco en 1932, mamá había conocido en el *Bremen* a un hijo del káiser de Alemania que le pidió que rindiera homenaje a un hermano fallecido, y ella satisfizo esa petición y mi hermano mayor recibió el nombre de Joachim, aunque yo siempre le he llamado Joe o JoJo.

Después de él, el 11 de agosto de 1935, llegó a la familia Philip, *Kiki*, que fue quien más desarrolló la pasión por la música y las artes que mamá se esforzaría tanto por inculcarnos a todos. En la elección del nombre de su segundo vástago *papa* tampoco tuvo mucho que decir, pues cuando mamá abandonó a Philips, el primo financiero que tan perdidamente enamorado de ella estuvo, lo único que le dejó aparte del corazón roto fue la promesa de que, si como soñaba tenía hijos, bautizaría a uno en su honor.

El 9 de octubre de 1936 nació mi única hermana, con la que he tenido siempre la más complicada de mis relaciones fraternales. *Papa* quería que ella se llamara Elsa, pero mamá acabó decidiendo que se llamara Valerie. En su último parto, mamá también se salió con la suya al elegir nombre y evitó que yo tuviera el que mi progenitor quería para mí, Anna.

## ¿Una familia de espías?

Mientras Europa y el mundo se asomaban al abismo, mis padres empezaron a moverse en un laberinto cuyo recorrido siempre me ha resultado inescrutable. Nunca he podido saber a ciencia cierta cuáles fueron los verdaderos pensamientos políticos de mis padres y, con los años, solo he descubierto algunos detalles tras los que late un enredo de espionaje y jugadas a varias bandas, algo que, visto cómo transcurriría mi vida después, debió de pasar a mi ADN.

En 1938, por ejemplo, *papa* y el capitán de otro barco alemán fueron detenidos como «testigos materiales» de una trama investigada por el FBI, una «caza de espías» que *The New York Times* describió en su día como una de las mayores que Estados Unidos había visto desde la Primera Guerra Mundial. En marcha desde 1935, la red camuflaba a agentes de los servicios secretos alemanes como miembros de la tripulación de los barcos germanos para hacerlos llegar a Estados Unidos, donde se instalaban y ayudaban a comunicarse a militares estadounidenses que habían empezado a colaborar con Alemania y estaban robando secretos del Ejército y de la Marina. La

peluquera del *Europa*, Johanna Hofmann, fue detenida en febrero, cuando *papa* capitaneaba el barco, y era, según los investigadores, la figura clave en la red, el enlace para que se comunicaran los estadounidenses reclutados por Alemania que no se conocían entre sí.

La detención de *papa* y el otro capitán se produjo el 3 de junio y llegó a la portada de *The New York Times*, pero al día siguiente, según recogió también en primera plana el diario, zarparon de regreso a Alemania sin problemas. Se les vio en aquella partida saludando sonrientes a Leon Torrou, un agente especial del FBI, y a Lester Dunigan, ayudante del fiscal general, y aunque no tengo forma de probarlo con absoluta certeza diría que fue entonces cuando mi padre empezó a colaborar con Estados Unidos realizando tareas de contraespionaje, una colaboración al menos como informador de la que hay algunas huellas en documentos oficiales.

La guerra estalló cuando yo tenía solo dos semanas de vida, el 1 de septiembre de 1939. Durante el inicio de la contienda, *papa* tripuló buques de guerra y barcos que navegaban por Groenlandia y acudían a estaciones meteorológicas, aunque en 1941 se le ordenó regresar porque iba a ser nombrado comandante del *Bremen*, un barco que se haría famoso porque fue uno de los buques que se pensaba emplear en la operación *Seeloewe*, *León de mar*, con la que Adolf Hitler barajó durante un tiempo la invasión de Inglaterra. La idea era camuflar el barco y ocultar en su interior cañones y tanques que se utilizarían para acometer la invasión, pero el plan nunca llegó a ser ejecutado. *Papa* recibió el 16 de marzo una llamada urgente avisándole de que el *Bremen* estaba envuelto en llamas en el puerto de Bremerhaven. La versión oficial es

que le había prendido fuego un grumete de quince años insatisfecho y con problemas con los propietarios, que fue condenado a muerte y ejecutado, aunque la verdad fue que los servicios secretos británicos consiguieron infiltrarse en la marina alemana y volaron el barco por los aires, frustrando los planes del *Führer*, que habría ordenado personalmente matar al muchacho en un intento por salvar la cara.

Mamá fue detenida poco después de la explosión del *Bremen*; esa fue la primera de las varias veces que estuvo en manos de la Gestapo. La interrogaron como sospechosa de haber colaborado con los servicios secretos británicos en la planificación del ataque, aunque la tuvieron que dejar en libertad porque no pudieron probar nada. Pese a que al investigar sus orígenes para ver si tenía sangre judía, la Gestapo encontró a cambio sus raíces nobles y hasta felicitó a *papa* por haberse casado con alguien de ese linaje, nunca dejaron de vigilarla; aquello, además, debió de ponerlo bajo sospecha a él. Al menos *papa* temía que así fuera.

Mi hermano Joe recuerda una ocasión en que mis padres tuvieron en casa una intensa discusión con un almirante que quería que se sumaran a una red de oposición al régimen nazi que estaba germinando dentro de las propias filas alemanas, a lo que *papa* se negaba intentando explicar los riesgos que representaría tener a alguien casado con una estadounidense en una operación como esa. Aquel militar, según identificó Joe años después viendo una fotografía, era Wilhelm Canaris, quien fuera jefe de la Abwehr, el servicio de inteligencia militar alemán, enfrentado a la acusación de cooperar con los aliados, condenado por alta traición y ejecutado en 1944 en el campo de Flossenbürg.

Aunque no entraran en la red de Canaris, hay indicios de que mamá y *papa* sí desempeñaron tareas de contraespionaje. El 1 de mayo de 1941, por ejemplo, los dos estuvieron en Guatemala, en una fiesta organizada en la embajada alemana en Tegucigalpa; no estaban allí, como el resto de los invitados, para acudir a una celebración, sino con una misión secreta: espiar a los nazis para los estadounidenses.

Mamá sintió la presión de vivir siempre bajo sospecha e intentó huir de Alemania, pero se vio anclada en la Europa de Hitler y aunque quiso escapar no pudo, porque su prioridad fue siempre protegernos a mis tres hermanos y a mí. Trató de que los cinco nos fuéramos a Estados Unidos y mandó una carta al consulado de Suiza con ese objetivo; sin embargo, cuando los suizos se pusieron en contacto con los estadounidenses estos contestaron que ella sí podía volver pero nosotros, los niños, no, porque éramos alemanes. Ella se negó a abandonarnos y su intento de sacarnos de Alemania fue, además, la causa de una nueva detención y otro interrogatorio, esta vez bajo la acusación de haberse comunicado con el consulado para pasar información a Washington.

## Perfume de Chanel n.º 5, olor a fósforo

Aunque entonces yo era muy pequeña, tengo algunos recuerdos imborrables que siguen hoy conmigo, flashes de lugares, episodios y sensaciones que me aterrorizan o me emocionan, y que mantienen viva mi historia personal y a los seres queridos que ya no están o que están lejos, en unos casos física y en otros casos, peor, emocionalmente. Uno de los más persistentes recuerdos que guardo de mi

madre es el olor a Chanel n.º 5, y también la recuerdo haciendo fuego para mantener el calor y derritiendo nieve para que tuviéramos agua. Mi memoria guarda cada rincón del sótano de casa, donde nos refugiábamos cuando había bombardeos, y sobre todo el olor a fósforo. Mamá hacía a mis hermanos dormir vestidos en las literas de nuestra habitación central en la parte superior de la casa para estar preparados y bajar corriendo a ese sótano en cuanto empezaban a sonar las sirenas. Cuando empezaban a caer las bombas, veíamos los resplandores a través de las cortinas negras que cubrían la pequeña ventana. Allí abajo, en esa bodega reforzada al lado de un cuarto que daba al jardín, justo debajo de nuestro balcón, pasamos horas y horas, muchas, interminables.

Joe tenía un casco británico, de esos aplanados, que mamá o *papa* debían de haber encontrado. Para Philip habían ideado un casco diferente: una cacerola que, para que no fuera muy incómoda, rellenaban de calcetines. También con calcetines me hizo una muñeca mamá, que allí abajo me abrazaba todo el rato y me cantaba para calmarme. En aquel lugar oscuro olía intensamente a las bananas que colgaban debajo de la escalera, unas frutas que debían de haber regalado a nuestro padre de alguno de los barcos procedentes de Latinoamérica que los alemanes interceptaban, aunque a menudo lo único que teníamos para alimentarnos, como recuerda con disgusto mi hermana Valerie, eran vegetales podridos y algún trozo de mantequilla rancia.

En aquellos momentos de pánico, el sótano era mucho más que nuestro refugio. Había que permanecer muy callado, sin hacer ningún ruido, y ahí es donde empecé a crecer interiorizando un mantra útil en la vida de cual-

quiera que se vea en situaciones de peligro: «No hables, no pienses, no respires».

Porque la supervivencia no dependía solo de las bombas que llegaban del cielo. El peligro también estaba a pie de calle, en la sombra de esos soldados alemanes que oíamos pasar con el acero de sus suelas provocando a cada paso un ruido metálico, para mí ya siempre el sonido de la amenaza. Era imperativo que nos mantuviéramos en el silencio más absoluto para que ellos no nos oyeran a nosotros. No se trataba de que no escucharan nuestros gritos o nuestros asustados sollozos, sino de que no descubrieran la radio de onda corta que mamá había escondido tras una pared falsa de ladrillos y que le permitía escuchar cada noche a las nueve la BBC y así saber siempre cuál era la situación real. Tener un aparato como ese era considerado entonces alta traición, y a punto estuvo una vez de ser acusada de ello, pues Joe un día quiso escuchar música y encendió la radio. La emisión llegó a oídos de uno de los soldados alemanes que pasaba por allí, y este entró en nuestra casa. Afortunadamente, a mamá se le ocurrió explicar quién era papá, y argumentó que él necesitaba la radio para conocer el estado de la mar y las previsiones del tiempo antes de sus viajes. Debió de ser convincente, porque en esa ocasión no la arrestaron. Tampoco le quitaron la radio.

Sin duda mamá era una mujer valiente y decidida, y fue la influencia dominante en una familia que ella supo mantener unida. Cuando conseguía alguno de sus escasos permisos, *papa* venía a casa tres o cuatro días para luego volver a marcharse, y todo quedaba siempre en manos de Alice, desde cómo pagar el alquiler hasta cómo asegurar que tuviéramos algo que llevarnos a la boca. Ella

fue quien salvó la casa cuando en 1941 casi la destruye un incendio tras un bombardeo. Fue, también, quien durante la guerra ayudó a franceses y británicos, aunque esa ayuda la llevara en más de una ocasión a ser detenida, interrogada y maltratada.

Mi hermano Joe recuerda cómo, el día que a los cinco años él fue a su primera clase de violín, pasó por una zona cerca de casa donde los nazis mantenían a prisioneros franceses, que eran quienes recogían nuestra basura. Cuando volvió y se lo contó a mamá, ella le dijo que la próxima vez que pasara por delante de ellos les dijera: «*Je suis américain. Vive la liberté*». Luego mamá empezó a dejarles comida y cosas que ellos le pedían en la puerta de casa, aunque demandaban desde cámaras hasta radios y no siempre podía conseguirles todo lo que necesitaban.

Era sin lugar a dudas una mujer fuerte, una auténtica luchadora comprometida en cuerpo y alma en una batalla en la que solo había una opción de victoria: sobrevivir, costara lo que costara. Un día, por ejemplo, durante los bombardeos, un desplazado polaco entró terriblemente borracho en nuestra casa. En su intoxicada visión debió pensar que mamá, sin un hombre alrededor que le protegiera, era vulnerable, una víctima fácil, e intentó violarla. Se abalanzó sobre ella y empezó a agredirla, pero Alice, tras un forcejeo, fue capaz de quitárselo de encima. Había ganado algo de tiempo y fue rápida en aprovecharse de la visible embriaguez de su atacante para tentarle con darle algo más de beber. Aquel hombre, que evidentemente se habría metido cualquier cosa entre pecho y espalda, aceptó, sin saber que la botella que ponían en sus manos estaba llena de un líquido para abrillantar el suelo. Murió en nuestro sótano. Alice entonces lo cogió por los pies, lo

arrastró por la rampa del garaje y lo depositó cerca de la casa, en el cráter que había dejado una bomba, que estaba lleno de nieve. Cuando años después hablamos sobre aquel terrorífico incidente lo único que me dijo sobre lo que ocurrió fue:

—Lo merecía.

Durante la guerra, prácticamente sola, tuvo que adoptar las decisiones más difíciles para una madre. En 1944, en un momento en que los rusos avanzaban hacia la ciudad, unos oficiales alemanes llegaron a casa para exigirle que Joe fuera enviado a una escuela en Meissen. Con todos los soldados que estaban muriendo en la contienda, Hitler sabía que el futuro de Alemania pasaba por sus jóvenes y necesitaba formarlos y disciplinarlos. No había opción de negarse a entregar a su hijo a esa causa de futuro porque hacerlo conllevaría, como le dejaron claro con amenazas, quedarse sin cartilla de racionamiento, algo que no le permitiría mantener a sus otros tres hijos. Sin alternativa ni escapatoria, y con la urgencia de un plazo inapelable de veinticuatro horas, Alice tuvo que dejar ir al mayor de sus hijos, que aún hoy recuerda vivamente el día en que ella lo llevó hasta el tren.

Como la buena actriz que era, mamá despidió a Joe diciéndole que se iba a una aventura emocionante en la que haría nuevos amigos y le prometió que su vida iba a ser mucho mejor. Construyó una elaborada narración de un mundo feliz y se la contaba a mi hermano sin perder ni por un instante la sonrisa, salpicando la conversación de frases llenas de excitación y admiración, diciéndole todo el tiempo cuánto le gustaría ir con él, lo bien que lo iba a pasar… Su único empeño era intentar hacer sentir cómodo a JoJo, aunque por dentro debía de estar aterro-

rizada pensando que quizá no volvería a ver a su primogénito nunca más.

Después de aquello, mamá envió a Philip a vivir con una profesora de piano que escondía a judíos y dejó a Valerie con los Tantzen, nuestros vecinos. Estos eran una familia cuyo padre era dentista de las SS y también fotógrafo, un retratista que había llenado los escaparates de Bremen con imágenes de mamá y de sus cuatro hijos, emblemas de la familia alemana ideal.

Tras esa dispersión forzada para la supervivencia nos quedamos solas ella y yo. A veces teníamos que salir de casa y, como yo era aún muy pequeña y no podía correr tan rápido como mamá, la recuerdo dejándome en una trinchera y lanzándose sobre mí para cubrirme y así protegerme. Esa trinchera era la misma que, más adelante, se llenaría de soldados británicos que paraban el combate para tomar el té y de soldados escoceses que de vez en cuando tocaban sus gaitas. Era increíble escuchar aquellos sonidos entre los bombardeos, y a mí esa mezcla me descolocaba y me hacía imposible discernir en qué mundo estaba.

En el barrio había también un búnker en el que refugiarse cuando las fuerzas aliadas bombardeaban, pero ir allí no era una buena experiencia. Los vecinos alemanes no querían a mamá, no les gustaba, y lo habían dejado claro en muchas ocasiones. Yo siempre he creído que envidiaban su belleza, aunque lo cierto es que ella era extranjera y representaba, prácticamente, al enemigo. No tenía una bandera nazi que colgar el 20 de abril, día del cumpleaños de Hitler, y en alguna ocasión la denunciaron por ello a la Gestapo.

Muchas veces más la habrían señalado si hubieran sabido todo lo que hizo durante aquellos años de lucha,

barbarie y también resistencia, un historial de pequeñas hazañas individuales que, gracias a los recuerdos y a algunas cartas de agradecimiento que le llegaron después de que acabara la guerra, podemos mantener vivas. En una ocasión, por ejemplo, salvó a un piloto que había sido derribado al que encontró entre los escombros; lo mandó a casa a esconderse en nuestro sótano y luego le prestó un uniforme de *papa* para que pudiera huir. También apagó bombas incendiarias, daba de comer a escondidas a los presos del campo de trabajos forzados vecino, dejó escuchar la radio a algunos que luego gracias a ello pudieron organizarse mejor en la resistencia…

## Los niños alemanes no lloran

Durante la contienda mamá fue detenida en diversas ocasiones, bien fuera por denuncias de los vecinos o bien porque los soldados nazis la descubrían en alguna de sus acciones colaboracionistas. Por suerte, nunca conocieron sus *traiciones* más graves sino algunas menores y, aunque no se libró de sufrir malos tratos y torturas, acababa saliendo libre por ser esposa de un alemán.

Sin embargo, cuando yo tenía cinco años la detuvieron una vez más, y en esa ocasión, para mi desgracia, las cosas fueron diferentes. Me quedé sola y me puse muy enferma, con fiebre tifoidea, así que me llevaron a Drangstedt, cerca de Bremerhaven, a unas instalaciones controladas por las SS que servían como hospital infantil. Aquel fue mi primer encierro y fue el más doloroso. Nunca en toda mi vida he sufrido un dolor de corazón como el que allí sentí.